

levantarse, pero, ¿dónde? Tal vez allá abajo, en aquella América tan libre, entre esos presbíteros á los que las necesidades de la lucha por la vida han convertido en socialistas convencidos, en demócratas ardientes dispuestos á marchar con el siglo próximo. Y mientras Roma no puede abandonar nada de su pasado, de los misterios y de los dogmas, ese presbítero abandonador de esas cosas todo lo que se cae por sí mismo hecho polvo. ¡Ser ese presbítero, ese gran reformador, ese salvador de las modernas sociedades, qué ensueño magnífico, qué papel de Mesías esperado y llamado por los pueblos en angustioso trance! Por un momento trastornóse Pedro, y un viento de esperanza y de triunfo le levantó, le llevó y si no era en Francia, en París sería más lejos, al otro lado del Océano, ó más lejano aún, no importaba en qué parte del mundo, en una tierra bastante fecunda para que la nueva semilla creciese con una cosecha desbordante. ¡Una religión nueva! ¡Una religión nueva! Lo mismo que gritó al abandonar á Lourdes ¡una religión que sobretodo no fue un apetito de la muerte! ¡Una religión que realizase aquí bajo el Reino de Dios de que habla el Evangelio que repartiese equitativamente la riqueza, que hiciera reinar, con la ley del trabajo, la verdad y la justicia!

Excitado Pedro por la fiebre de ese nuevo papel veía centellar ante sus ojos las páginas de su nuevo libro, en el que acabaría de destruir la antigua Roma proclamando la ley del cristianismo rejuvenecido y libertador, y en esto pensaba cuando de pronto sus miradas se fijaron en un objeto olvidado sobre una silla cuya presencia le sorprendió en un principio. Era también un libro, la obra de Teófilo Morín, que el anciano no Orlando encargó que se entregase á su autor, y se incre-

ó á sí mismo cuando lo reconoció, diciéndose que muy bien lo podía haber dejado olvidado allí. Antes de abrir otra vez la maleta para guardarlo, lo hojeó mirándolo por cima, y sus ideas cambiaron bruscamente como si de pronto se hubiese producido un acontecimiento de mucha consideración, uno de esos hechos decisivos que revolucionan un mundo. La obra era, sin embargo, de las más modestas, el clásico manual para el bachillerato, que no contenía apenas más que los elementos de las ciencias, pero todas éstas hallábanse representadas en él, resumiendo bastante bien el estado actual de los conocimientos humanos. Y era, en suma, la ciencia que hacía irrupción en los ensueños de Pedro repentinamente con la masa, con la energía irresistible de una fuerza todo poderosa y soberana. No solamente quedaba barrido el cristianismo semejante al polvo de unas ruinas, sino que todas las concepciones religiosas, todas las hipótesis de lo divino se bamboleaban, se hundían. Nada más que con ese epítome escolar, con ese librito clásico, nada más que con el deseo universal de saber, con esa instrucción que se extiende siempre, que se apodera del pueblo entero, los misterios convertíanse en absurdos, los dogmas se derrumbaban y nada quedaba en pie de la antigua fé. Un pueblo nutrido de ciencia, que no cree ni en los misterios ni en los dogmas, ni en el sistema compensador de las penas y de las recompensas, es un pueblo en el que la fé está muerta para siempre, y, sin fé, el catolicismo no puede vivir. Ahí está el lado cortante de la cuchilla, de la cuchilla que cae y parte. Si se necesita un siglo ó dos, la ciencia los tomará, porque sólo ella es la eterna. Es una ciencia que dice que la razón no puede contradecir á la fé y que la ciencia debe ser la servidora de Dios. Lo que sí

escierto es que desde hoy las Escrituras están arruinadas y que para salvar algunos fragmentos ha sido preciso ponerlos de acuerdo con las nuevas certidumbres refugiándose en el símbolo. Y que actitud más exorbitaria la de la Iglesia prohibiendo á cualquiera que descubra una verdad contraria á los libros santos que se pronuncie de una manera definitiva con la esperanza de que ha de llegar un día en que se demuestre que la verdad es un error. El papa es el único infalible; la ciencia es falible, y en contra suya se explota ese nuevo tanteamiento, se permanece al acecho para poner en contradicción sus descubrimientos de hoy con los de ayer. ¿Qué importan para un católico las afirmaciones sacrílegas, qué importan las afirmaciones, las certidumbres con que la ciencia contamina el dogma, puesto que es seguro, para él, que al finalizar los tiempos, ciencia y religión se reunirán, de manera que aquélla será al fin la letra humilde esclava de ésta última? ¿No era la prodigiosa esa ceguedad voluntaria y de imprudente actitud que llegaba hasta negar la claridad del sol? En el librito ínfimo, el manual de verdad continuaba su obra destruyendo, á pesar de todo, el error, construyendo la tierra del porvenir, de igual manera que los infinitamente pequeños, las fuerzas de la vida, han construido poco á poco los continentes.

En medio de la claridad que se hacía bruscamente Pedro comprendió al fin que se luchaba en un terreno firme. ¿Por ventura ha retrocedido alguna vez la ciencia? Fué el catolicismo el que sin cesar retrocedió ante ella y que se verá obligado á retroceder sin cesar. Pero más se detuvo en su camino y conquista; pasó la victoria contra el error; decir que hace bancarrota porque un golpe no puede explicar bien el mundo es

simplemente una sin razón. Si ha dejado, si deja sin duda un dominio cada vez más reducido en el que reina el misterio y si una hipótesis podrá siempre intentar dar una explicación, no es menos cierto que arruina, que arruinará cada vez más las antiguas hipótesis, las que se hundan ante las verdades conquistadas. Y el catolicismo se halla en ese caso y mañana estará aún más que hoy. Como todas las religiones no es, en el fondo, más que una explicación del mundo, un código social y político superior destinado á hacer reinar toda la paz, toda la felicidad posibles sobre la tierra. Ese código que abraza universalidad de cosas, hácese humano y como humano, mortal, cual lo son todas las cosas humanas. No se le podría poner á un lado diciendo que ese código existe por su propia virtualidad, mientras que la ciencia existe por otra parte. La ciencia es total y lo demostró ya y lo hará ver aún obligándole á reparar las continuas brechas que le hace, hasta el día en que se lo lleve por delante á consecuencia de un asalto de resplandeciente verdad. Es cosa que hace reír el ver que algunas personas señalando un papel á la ciencia, prohibiendo á ésta que entre en tal ó cual dominio, le predicarla que no llegará más allá y declarar al fin del siglo que, cansada al cabo, abdica. ¡Ahl! ¡Pobres hombres! ¡Cerebrillos de cerebro obtuso ó mal conformado; políticos de expediente, dogmáticos acorralados, autoritarios que se obstinan en rehacer pasados ensueños, la ciencia pasará por cima de ellos y los arrastrará cual el viento se lleva las hojas secas!

Y Pedro continuó recorriendo el humilde libro escuchando lo que decía de la conciencia soberana. No puede hacer bancarrota, porque no promete lo absoluto, porque no es más que la conquista sucesiva de la

verdad. Nunca hizo gala de dar de un golpe la verdadera, pues esa especie de construcción es la obra favorita y el hecho de la metafísica, de la revelación, de la fé. El papel de la ciencia es, por el contrario, destruir el error á medida que avanza y la claridad aumenta en ella. Desde luego, y en vez de hacer barrer rota en su marcha que nada detiene, sigue siendo la única verdad para los cerebros equilibrados y sanos, cuanto á aquellos á los que no satisface, aquellos que experimentan la necesidad del conocimiento inmediato y total, á esos les queda el recurso de refugiarse en una hipótesis religiosa, con la condición, sin embargo, de que, si quieren aparentar que tienen razón, no construyan sus quimeras más que sobre cimientos adquiridos. Todo lo que está construido sobre el error probado, se derrumba, cae. De que el sentimiento religioso persista en el hombre, y la necesidad de una religión siga siendo eterna, no hay que decirlo. El catolicismo sea eterno porque, en resumen, es más que una forma religiosa que no ha existido sino una vez, á la que han precedido otras y á la que seguirán algunas más. Las religiones pueden desaparecer, pero el sentimiento religioso creará otras aún, hasta la ciencia. Y Pedro recordó el pretendido fracaso de la religión ante el actual despertar del misticismo, de lo que importa para las causas en su libro; el menoscabo de la idea de libertad entre el pueblo al que engañaron en el primer reparto, el malestar de los escogidos, desesperados en el vacío en que los deja su razón libertada, su inteligencia ensanchada, es la angustia de lo desconocido que renace, pero esto no es tampoco más que una acción natural y momentánea, y después de tanto tiempo bajo en la hora primera, en la que la ciencia no cal-

n ni nuestra sed de justicia, ni nuestro deseo de seguridad, ni la idea secular que nos formábamos de la vida en la sobrevida, en una eternidad de goces. Para que el catolicismo pueda renacer, como se anuncia, sería preciso que se cambiase el suelo social, y no podría cambiar sino tiene la savia necesaria para la primavera de una fórmula caduca á la que las escuelas y los laboratorios asestan cada día algún golpe. El terreno se ha hecho otro y otra será la encina que crezca. ¡Qué la ciencia tenga pues su religión, si es que debe engendrar una, porque esa religión será pronto la única posible, para las democracias de mañana, para los pueblos cada vez más instruídos, entre los que el catolicismo ya no es más que cenizas!

Pedro, de un golpe, concluyó pensando en la inutilidad de la congregación del Índice que hirió su libro, que condenaría indudablemente al nuevo, cuyo plan acababa de ocurrírsele, si alguna vez llegaba á escribirlo. ¡Hermosa tarea en verdad! ¡Pobres libros de entusiasta soñador, quimeras que se encarnizan sobre quimeras! Cometía esa congregación la necedad de no lanzar su entredicho sobre el clásico librito que tenía en sus manos, el único temible, el enemigo siempre triunfante que derribaría seguramente la Iglesia. Ese libro en vano era modesto, con su pobre aspecto de manual escolar; pues el peligro empieza en el alfabeto que enseñaban los niños é iba en aumento á medida que los programas ampliaban las materias y estallaba con esos fenómenos de las ciencias físicas, químicas y naturales que han puesto sobre el tapete la cuestión de la creación del Dios de las Escrituras; pero lo peor era que el Índice, desarmado ya, no se atrevía á suprimir esos modestos libros, esos soldados terribles de la verdad,

destructores de la fé. ¡Qué importaba entonces todo el dinero que León XIII apartaba de su tesoro oculto del Dinero de San Pedro con objeto de dotar á las escuelas católicas, con la idea de formar la generación de mañana que necesitaba el papado para vencer! ¡Qué importaba el don de ese dinero precioso, si no debía servir más que para comprar esos libros ínfimos y formidables que no expurgarían nunca bastante, que contendrían siempre demasiada ciencia, esa ciencia que crecía sin cesar y cuyo esplendor haría que saltase un día el Vaticano y San Pedro! ¡Ah! ¡Índice imbécil y vano, qué miseria y qué irrisión!

Después de guardar en la maleta el libro de Teófilo Morín, acercóse otra vez Pedro á la ventana y allí tuvo una visión extraordinaria. En la noche tan suave y triste, bajo el cielo nublado, teñido de amarillo por la luna de color de herrumbre, habíanse levantado nieblas flotantes que ocultaban en parte los techos, detrás de caídos girones, semejantes á sudarios. Monumentos enteros habían desaparecido en el horizonte, y se imaginó que se cumplieron los tiempos y que la verdad hiciera saltar la cúpula de San Pedro. Dentro de cien años ó de mil años, así estará, derrumbado, arrasado en el fondo del cielo negro. Comprendió ya que se tambaleaba y que se agrietaba bajo sus piés el día de fiebre en que pasó una hora desesperado al ver desde allá arriba á la Roma papal con su terquedad en conservar la púrpura de los Césares, previendo desde entonces que el templo del Dios católico se hundía como se hundió el templo de Júpiter en el Capitolio. Y aquello estaba hecho; la cúpula sembró el suelo con sus escombros y sólo quedaban en pié con un lienzo de pared del ábside cinco columnas de la nave central, soportando aún un trozo de

cornisa; pero eran sobre todo los cuatro pilares del crucero que habían sostenido la cúpula, esos pilares ciclópeos que se elevaban como siempre aislados, soberbios, con aire indestructible entre las ruínas inmediatas. Espesas nieblas rodaron como un oleaje, pasaron sin duda mil años más, y después no quedó nada; el ábside, las últimas columnas y hasta los gigantescos pilares, estaban por el suelo. El viento se llevó el polvo y habría sido necesario rebuscar en el suelo, entre las ortigas y las malezas, para hallar algunos fragmentos de estatuas rotas, de mármoles grabados con inscripciones, acerca de cuyo significado no se podían poner de acuerdo los sabios. Lo mismo que en otra época, en el Capitolio, entre los hundidos escombros del templo de Júpiter, se encaramaban las cabras ramoneando entre las malezas en medio del gran silencio de los pesados días del estío, cuyo silencio interrumpía únicamente el zumbido de las moscas.

Fué únicamente entonces cuando Pedro sintió en sí el hundimiento supremo. Todo estaba concluído, la ciencia era la victoriosa y no quedaba nada del mundo antiguo. Ser el gran cismático, el reformador esperado ¿para qué? ¿No sería esto edificar otro ensueño? Sólo la eterna lucha de la ciencia en contra de lo desconocido, sus averiguaciones que perseguían, que reducían sin cesar en el hombre esa sed de lo divino, era lo que al presente, parecía importarle, dejándole en la espera de saber si algún día triunfaría, hasta el extremo de bastar un día á la humanidad al satisfacer todas sus necesidades. Y en medio del desastre de su entusiasmo de apóstol, en frente de las ruínas que llenaban su sér, su fé muerta, su esperanza muerta de utilizar el antiguo

catolicismo para la salvación moral y social, no se tenía en pie más que por la razón, y ésta vaciló un momento. Si soñó con un libro, si acababa de atravesar esa segunda y terrible crisis, era porque de nuevo el sentimiento había dominado en él á la razón. Su madre se puso á llorar en su corazón ante los sufrimientos de los miserables, con el irresistible deseo de aliviarlos, con el objeto de conjurar las próximas matanzas, y su necesidad de caridad le hizo perder los escrúpulos de su inteligencia; mas, á la sazón oía la voz de su padre, la razón elevada, la razón áspera, la razón que había podido eclipsarse, pero que se presentaba otra vez soberana. Lo mismo que después de Lourdes protestaba contra la glorificación de lo absurdo y la decadencia del sentido común, y era la razón la única que le hacía marchar recta y sólidamente entre los escombros de antiguas creencias, hasta entre las oscuridades y los abortos de la ciencia. ¡Ah! ¡La razón! ¡No sufriría más que por ella, no se contentaba más que con ella y juró satisfacerla cada vez más, como á la única soberana, aunque para ello tuviese que sacrificar su felicidad!

¿Qué era lo que necesitaba hacer? En vano había tratado de saberlo á aquella hora; todo estaba en suspenso; tenía ante sí el mundo inmenso, lleno aún con las ruinas del pasado, libre mañana quizás de ellas. Allí abajo, en el triste faubourg iba á encontrar al buen abate Rose el que, la víspera, le escribiera diciéndole que fuese pronto á cuidar sus pobres, á amarlos y salvarlos puesto que aquella Roma, tan esplendorosa de lejos, era tan sorda á la caridad. Y al rededor del buen cura encontraría la oleada siempre creciente de misera-

rables, de crías caídas del nido que ellos recogían, pálidas de hambre y tiritando de frío; esos hogares en que no hay más que angustias y dolores, en los que el padre se emborracha, la madre se prostituye y los hijos y las hijas caen en el vicio y en el crimen; casas enteras á través de las cuales soplabá el hambre, la suciedad más asquerosa, una promiscuidad vergonzosa, sin muebles, sin ropas, una vida de bestia que se contenta y que se solaza como puede al azar del instinto y del encuentro. Después de ésto habría además los fríos en el invierno, los desastres de la falta de trabajo, las ráfagas de la tisis llevándose á los débiles, mientras que los fuertes cerraban los amenazadores puños soñando con la venganza. Quizás algún día entraría en alguna habitación de horror en la que una madre se habría matado con sus cinco hijos, con el recién nacido entre los brazos agarrado á la teta seca, y los otros esparcidos sobre el desnudo suelo, dichosos al fin y satisfechos al estar muertos. ¡No! ¡No! ¡Aquello no era posible; la negra miseria impulsando al suicidio en medio de un París repleto de riquezas, ébrio de goces y que por el placer arrojaba millones por las ventanas! El edificio social estaba podrido en su base, todo se derrumbaba entre lodo y sangre. Nunca había comprendido hasta ese punto la irrisoria inutilidad de la fé. Y, de pronto, tuvo conciencia de que la palabra esperada, la palabra que al fin se escapaba de los labios de ese gran mudo secular, del pueblo encadenado y amordazado, era la palabra justicia. ¡Ah! ¡Sí, justicia, justicia, caridad no! La caridad no hace más que eternizar la miseria y la justicia quizá la curaría. No era por la justicia por la que los miserables tenían hambre y solo un acto de

justicia podía barrer la sociedad antigua para construir la nueva. El gran mudo no pertenecería ni al Vaticano ni al Quirinal, ni al papa ni al rey, y si rugió sordamente á través de las edades en su lucha prolongada, unas veces abierta, otras misteriosa, no luchó entre el pontífice y el emperador, que cada uno lo querían para sí, más que para recobrase, para manifestar su voluntad de no pertenecer á nadie el día en que gritase pidiendo justicia: ¿Iba á ser mañana ese día de justicia y de verdad? En medio de su angustia y luchando entre esa necesidad de lo divino que atormenta al hombre y la soberanía de la razón que le ayuda á mantenerse erigido, no estaba Pedro seguro de poder cumplir su juramento; presbítero sin creencias, velando por las creencias de los demás, desempeñando castamente, honradamente su ministerio con la altanera tristeza de no haber podido renunciar á su inteligencia, como renunciara á su carne de enamorado y á su ensueño de salvador de los pueblos. Y de nuevo, lo mismo que después de Lourdes, esperaría. Y en la ventana, ante Roma invadida por la sombra, sumergida bajo las nieblas cuya oleada parecía allanar los edificios, hiciéronse tan profundas sus cavilaciones que no oyó una voz que le llamaba, siendo preciso que con la mano le tocasen en el hombro.

—Señor abate, señor abate...—llamó Victorina, y como se volviese al fin, le dijo:—Son las nueve y media... El coche espera abajo. Giacomo se llevó ya el equipaje. Es preciso ponerse en marcha. ¡Qué! ¿Os despedíais de Roma?—añadió al observar que los ojos de Pedro parpadeaban.—Es un cielo bien feo.

—Sí,—respondió Pedro sencillamente.

Bajaron ambos, habiéndola entregado Pedro un billete de cien francos para que se lo repartiese con los criados. Victorina se excusó al coger la lámpara y precederle por que, según decía, apenas se veía, tan oscuro estaba aquella noche el palacio. ¡Ah! Aquella marcha, aquella postrera bajada á través del palacio negro y vacío, hicieron que á Pedro se le oprimiese dolorosamente el corazón. Dirigió alrededor de su cuarto esa ojeada de despedida que siempre le desconsolaba, que dejaba allí un poco de su alma, hasta en aquellos casos en que abandonaba un sitio en el que había sufrido. Después, al pasar por delante del cuarto de *don Vigilio*, por delante de su puerta, de la que no salía más que un silencio extremeceador, imaginóse verle con la cabeza hundida en la almohada, conteniendo su aliento, con miedo de que este no hablase también y no le atrajese venganzas. Pero donde se impresionó más aún al no oír absolutamente nada, fué en los descansillos del primero y segundo piso, ante las cerradas puertas de *donna Serafina* y del cardenal; allí no se oía ni un aliento, lo mismo que si pasase por delante de una tumba. Después de volver del entierro no habían dado señales de vida, encerrados, desaparecidos, inmóvilizando con ellos la casa entera sin que se pudiese sorprender ni el murmullo de una conversación ni el rumor del paso de un criado. Y Victorina seguía bajando con la lámpara en la mano siguiéndola Pedro pensando en los dos que quedaban en el palacio en ruinas, los últimos de una sociedad medio dormida y que permanecían en el dintel de un mundo nuevo. Darío y Benedetta acababan de llevarse toda esperanza de vida, pues no quedaba más que una solterona y un

presbítero, infecundos, sin resurrección posible... ¡Ah! ¡Qué corredores más interminables de lúgubre sombra! ¡Qué escalera más fría y gigantesca que parecía bajar al vacío, y qué salas tan inmensas, cuyos muros agrietábanse con la pobreza y el abandono! ¡Y qué patio interior aquel, semejante á un cementerio con su hierba, y su húmedo pórtico en el que se cubrían de moho las espaldas de Venus y Apolo! ¡Y qué jardinito más desierto, embalsamado por las naranjas maduras y al cual, en adelante, no iría, puesto que no había de encontrar á la adorable *contessina* bajo el laurel y al pie del sarcófago! Todo aquello se abismaba en un duelo abominable, en el silencio de la muerte, en el que á los dos últimos Bocanera no les quedaba más que hacer si no esperar con su altanera grandeza, con su palacio, así como con su Dios, á que todo se derrumbase sobre sus cabezas. Y Pedro no percibió más que un ruido sordo muy tenue, el trotecillo de una rata, tal vez los dientes de un roedor, el abate Paparelli que se hallaba en algún lado, en el fondo de alguna habitación abandonada, desmenuzando las ruinosas paredes, socavando sin cesar la vetusta vivienda para precipitar su hundimiento. El carruaje esperaba delante de la puerta con sus dos farolas, cuyos rayos amarillentos agujereaban la obscuridad de la calle. El equipaje habíanlo cargado ya, la cajita á los pies del cochero; la maleta sobre la bigotera. Y el presbítero subió en el acto.

—¡Oh! Aun tenéis tiempo,—dijo Victorina, que se había quedado en pie en la acera.—No os falta nada y estoy contenta al ver que os marcháis sin precipitaros.

En aquel momento postrero se consoló al ver á aquella compatriota, á aquella tan buena alma que le

recibiera el día de su llegada y acudía á despedirle en el de su marcha.

—No os digo, señor abate, hasta la vista, porque no creo que volváis tan pronto á esta condenada tierra... ¡Adios, señor abate!

—¡Adiós, Victorina; y gracias con toda mi alma!

Arrancó el coche, arrastrado al trote vivo del caballo, y se internó en las calles estrechas y tortuosas que conducen á la avenida de Victor Manuel. No llovía y por esto no habían levantado la capota; pero en vano el aire húmedo era muy templado, porque Pedro experimentó una sensación de frío, sin que por eso mandase parar al cochero que seguía silencioso, como si tuviera prisa de librarse pronto de su viajero. Cuando Pedro desembocó en la avenida de Victor Manuel, quedóse sorprendido al encontrarla tan desierta á pesar de lo poco avanzado de la hora, con las casas cerradas, las aceras vacías y las lámparas eléctricas ardiendo solas en tan melancólica soledad. No hacía, á la verdad, mucho calor, y la niebla parecía ir en aumento, inundando más y más las fachadas. En el momento en que pasaba por delante de la Cancillería, figurósele que el severo y colosal monumento retrocedía y se desvanecía como en un sueño. Más lejos, á la derecha, en el extremo de la calle de Araceli, iluminada por contados y humosos mecheros de gas, el Capitolio habíase sumergido en plenas tinieblas. Después estrechóse la larga calle, el coche desfiló por entre dos masas sombrías aplastantes, la del edificio del Gesu, obscuro, y del amazotado palacio Altieri y fué en ese estrecho paso, en el que aun de día y en pleno sol rezuma toda la humedad de los antiguos tiempos, en

donde se entregó á nuevas cavilaciones, con el alma y con la carne invadidas por un nuevo estremecimiento.

De una manera brusca hacía se en él la evocación de otro nuevo pensamiento, que algunas veces le inquietára. El de que la humanidad, saliendo de allá abajo, del Asia, marchó siempre siguiendo la dirección del sol. Sopló siempre un viento del Este, impulsando al Oeste la simiente humana para las cosechas futuras. Y desde hacía muchísimo tiempo, la cuna estaba herida de muerte y de destrucción, como si los pueblos no pudiesen avanzar más que por etapas, dejando tras ellos el suelo agostado, las ciudades destruídas, las poblaciones diezmadas y bastardeadas á medida que marchaban del levante al poniente hácia el fin ignorado. Fueron Ninive y Babilonia en las orillas del Eufrates, Tebas y Menfis en las del Nilo, reducidas á polvo, cayendo de vejez y de cansancio en un aletargamiento mortal sin que pudiesen despertar. Después, desde allí, esta decrepitud pasó á las orillas del gran lago mediterráneo, enterrando entre el polvo de las edades á Tyro y Sidón, yendo más lejos aún á adormecerse á Cartago, herida de senectud en pleno esplendor. Esa humanidad en marcha, á la que la fuerza de las civilizaciones empujaba así de oriente á occidente, marcaba los días de su marcha con ruinas, ¡y qué esterilidad más espantosa tiene hoy esa cuna de la humanidad, ese Asia, ese Egipto, vueltos al baluceamiento de la infancia, inmobilizados en la ignorancia y en lo caduco sobre los escombros de antiguas capitales, antaño dueñas del mundo! Al pasar, y á través de su cavilación, tuvo Pedro conciencia de que el palacio de Venecia, inundado por la obscuridad, parecía venir se abajo á consecuencia

de algún asalto de lo invisible. La niebla envolvía las cresterías y las elevadas paredes desnudas tan temibles, flaqueaban bajo el empuje de la creciente obscuridad. Y luego, pasando el hueco profundo del Corso, á la izquierda, y desierto también, con la blanquecina luz de las lámparas eléctricas, apareció, á la derecha, el palacio Torlonia con un ala despanzurrada por los picos demoleedores, mientras que de nuevo, hácia la izquierda, más arriba, presentábase alargando su fachada obscura el palacio Colonna, con sus ventanas cerradas, como si habiendo desertado de él los antiguos dueños, abandonado por su antiguo fausto, esperase á su vez á los que habían de derribarlo.

Entonces rodó más despacio su coche, y empezó á subir la pendiente de la calle Nacional, y la cavilación continuó. ¿Era que Roma no estaba también atacada, era que no había sonado su hora de desaparecer en esa destrucción que los pueblos siempre en marcha dejaban tras sí continuamente? Grecia, Atenas y Esparta dormitaban con sus gloriosos recuerdos y no figuraban para nada en el mundo de hoy. Toda la parte baja de la península itálica estaba ya dominada por esa parálisis ascendente y al mismo tiempo que á Nápoles era á Roma á quien le tocaba el turno. Se hallaba en límite del contagio, en esa margen de la mancha de muerte que se extiende sin cesar sobre el viejo continente, ese margen en que se declara la agonía, en el que la tierra empobrecida no puede soportar ni nutrir las ciudades, en que los mismos hombres parecen heridos de vejez desde el nacimiento. Desde hacía dos siglos iba declinando Roma, eliminándose poco á poco de la vida moderna, sin industria, sin comercio, incapaz hasta de

ciencia, de literatura ó de arte. Y no sería sólo San Pedro el que se vendría abajo, el que sembraría sus escombros entre la hierba, como en tiempos pasados sucediera con el templo de Júpiter Capitolino. En su negra dolorosa cavilación era Roma entera la que se hundía con un crujido supremo, la que cubría las siete colinas con el caos de sus ruinas, basílicas, palacios, barrios enteros desaparecidos y dormidos bajo las ortigas y las malezas. Como Nínive y Babilonia, como Tebas y Menfis, no era más que una llanura rasa, en la que no se veían más declives que los formados por las ruinas, en medio de las cuales se trataba en vano de hallar el lugar que ocuparon antiguos edificios y en los cuales sólo habitaban serpientes y bandadas de ratas.

El coche dió la vuelta, y Pedro reconoció, á la derecha, en un enorme agujero de noche amontonada, la columna de Trajano que, á semejante hora, se elevaba negra, tal cual el tronco muerto de un árbol gigantesco al que los años hubiesen arrancado las ramas. Y más arriba, cuando al atravesar la plaza triangular levantó los ojos, vió el árbol real que distinguió recostándose en el cielo de plomo, el pino parasol de la villa Aldobrandini, que estaba allí como la gracia y el orgullo de Roma, y que no fué para él más que como una manchita, una nieblecilla de polvo carbonoso que subía del total derrumbamiento de la ciudad. A la sazón apoderábase de él en su inquieta fraternidad un terror grande al finalizar ese trágico ensueño. Y cuando el aletargamiento que sube á través del mundo envuelto hubiese pasado más allá de Roma, cuando la Lombardia hubiese desaparecido, y Génova, Nápoles y Milán se durmiesen como duerme ya Venecia, enton-

ces le tocaría el turno á Francia; se franquearían los Alpes; Marsella vería cegados sus muelles por la arena lo mismo que Tyro y Sidon; Lyon se entregaría al sueño y á la desolación; París, vencido al fin por irresistible letargo, trocado en estéril campo de piedras, erizado de cardos, reuniríase en la muerte con Roma, Nínive y Babilonia, mientras tanto que los pueblos continuarían su marcha de levante á poniente con el sol eterno. Un gran grito atravesó el espacio: el grito de muerte de las razas latinas. La historia, que parecería haber nacido en el lago del Mediterráneo, cambiaba de lugar, y hoy el Océano parecía ser el centro del mundo. ¿En dónde nos hallamos de la jornada humana? Salida de allá abajo, de la cuna, al levantarse el alba, la humanidad de etapa en etapa y sembrando su camino de ruinas, ¿se encontraba á mediodía, á las doce, cuando está alto el sol y centellea en su altura? ¿Sería entonces que comenzaba la otra mitad del tiempo, el nuevo mundo después del antiguo, esas ciudades de América en las que se esboza la democracia, en las que surge la religión de mañana, reinas soberanas del siglo próximo, y con esto allá abajo, al otro lado de otro Océano, volviendo hácia la cuna por la otra faz de la tierra, el extremo Oriente inmóvil, la China y el Japón misteriosos y todo ese pulular amenazador de la raza amarilla?

Pero á medida que el carruaje subía la pendiente de la calle Nacional, iba Pedro comprendiendo que su penadilla se disipaba. Soplaban un aire mucho más ligero e infundía más esperanza y valor. El Banco, sin embargo, le produjo con su fealdad nueva, yesosa aún, el efecto de un fantasma paseando su sudario por la no-

che, mientras que arriba, en lo alto, entre los confusos jardines, el Quirinal no era más que una línea negra que cortaba el cielo. Sólo que la calle subía, se extendía sin cesar y sobre la cima del Viminal, al fin, en la plaza de las Thermas, cuando pasó por delante de las ruinas de Diocleciano, respiró con toda la fuerza de sus pulmones: ¡No! La jornada humana no podía concluir, sería eterna y las etapas de la civilización se sucederían sin fin. ¿Qué importaba que el viento del Este se llevase los pueblos hacia el Oeste como acarreados por la fuerza del sol? Si era necesario volverían por la otra faz de la tierra dando muchas vueltas á ésta hasta el día en que pudiesen fijarse en la paz, la verdad y la justicia. Después de la próxima civilización alrededor del Atlántico, convertido en el centro y bordeado por ciudades soberanas, nacería otra civilización que tendría por centro el Pacífico, con capitales ribereñas que no se podían prever, porque sus gérmenes dormían en ignoradas orillas. ¡Y luego otras muchas, empezando hasta lo infinito! Y en ese minuto postrero tuvo el pensamiento de confianza y de salvación de que el gran movimiento de las nacionalidades era el instinto, la necesidad misma que sentían los pueblos de volver á la unidad. Salidos de una familia única, separados, dispersados más tarde en tribus con choques de fratricidas rencores, tendían, no obstante, á volver á ser una familia única. Las provincias se reunían en pueblos, los pueblos se reunirían en razas y las razas acabarían por juntarse en una sola é inmortal humanidad. En fin, la humanidad sin fronteras, sin guerras posibles, la humanidad viviendo del trabajo justo con la comunión universal de todos los bienes. ¿No era esto lo

evolución, el fin del trabajo que se hace por todas partes, el desenlace de la historia? ¡Que Italia fuese un pueblo sano y fuerte, que entre ella y Francia mediase un acuerdo y que la fraternidad de las razas latinas se convirtiese en el principio de la fraternidad universal! ¡Ah! ¡Esa patria única, la tierra en paz y venturosa, dentro de cuantos siglos y qué ensueño!

Luego en la estación, entre los empellones, no pensó Pedro más en eso, pues tuvo que tomar su billete y facturar su equipaje. Y enseguida tomó asiento en el vagón. Al segundo día, al amanecer, debía llegar á París.

FIN.

* Librería editorial de M. MAUCCI, Cor.^a del Asalto 3, — Barcelona *

LOURDES

por

Emilio Zola

Dos tomos encuadernados de 350 páginas cada uno,

16 reales

F
d
fa
lo:
p
f
l
r

